

Serie Dilemas de la Política
en LATINOAMÉRICA

VOX POPULI

Populismo y democracia
en Latinoamérica

Julio Aibar Gaete
Coordinador



Contenido

- 9 Introducción
- 19 La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño
 Julio Aibar Gaete
- 55 ¿Es el populismo la forma constitutiva de la democracia en Latinoamérica?
 Carlos de la Torre
- 83 Neopopulismo: la imposibilidad del nombre
 Carlos Durán Migliardi
- 139 La demanda de la demanda: la mirada del espectro
 Santiago Carassale
- 169 La razón populista o el exceso liberal de la teoría de la hegemonía
 Guillermo Pereyra
- 213 Confianza política, instituciones y populismo en Bolivia y Venezuela
 Rodrigo Salazar Elena
- 267 Las elecciones negadas. Las disposiciones políticas de la democracia
 conservadora en Paraguay
 Luis Ortiz
- 289 Populismo y crítica de la democracia
 Ricardo Sáenz de Tejada
- 319 La democracia, el populismo y los recursos políticos
 del mercado: déficits democráticos y neopopulismos
 Luis Daniel Vázquez Valencia

Introducción

Julio Aibar Gaete

Este libro es un producto colectivo desarrollado en el marco del Seminario de Investigación *Buen Gobierno, Populismo y Justicia Social*.¹ Es consecuencia de más de un año de trabajo conjunto y del intercambio entre alumnos, profesores-investigadores de la FLACSO e invitados de otras instituciones.² Cada capítulo fue presentado, debatido, enriquecido y reelaborado en ese espacio.

Ahora, ¿por qué publicar un libro sobre *populismo*, si es una palabra que se emplea tanto en la barricada política como en los rincones más selectos de la academia, pasando por los escenarios de grupos populares de música?³ ¿Por qué hacerlo si, debido a su dudoso estatuto, numerosos autores y analistas políticos han propuesto desechar completamente ese término? ¿Se trata de una categoría analítica?, ¿es una descripción de ciertos fenómenos políticos?, ¿es sólo un adjetivo que sirve para señalar peyorativamente a los adversarios políticos?; éstas son algunas de las preguntas que, inevitablemente, surgen cuando escuchamos esa “maldita” palabra.

Si trae consigo la discordia y la confusión, ¿por qué insistir terca- mente en usarla, en seguir poblándola de imágenes, sensaciones y signi-

- 1** Este seminario es parte del proyecto de investigación del mismo nombre que financia Conacyt.
- 2** Se agradece la visita, a la sede académica de la FLACSO-México y a nuestro Seminario, de Ernesto Laclau y Carlos de la Torre.
- 3** La popular banda de música mexicana, Los Tigres del Norte, emplea el término en la canción “La neta de las netas”.

ficaciones? ¿Acaso, no sería mejor abandonarla para que muera de inanición?: una opción tentadora, sin duda, que nos evitaría infinidad de problemas. Hubiera sido mejor elegir otros términos a los que sí se les reconoce su capacidad demarcatoria, propia de una categoría analítica consistentemente construida.

Sin embargo, decidimos seguir otro camino, asumiendo todos los costos y riesgos que implica. Lo cual nos permitió, por ejemplo, sumergirnos en las ricas y turbias polémicas que la sola pronunciación de *populismo* genera.

Desde un inicio, quienes participamos en este proyecto, sabíamos que analizar al populismo nos ubicaría en terreno movedizo, en un campo en el que florece la desorientación, porque acordamos, con Guillermo Olivera, que la noción de populismo, más que explicar procesos, parece indicar puntos ciegos o agujeros negros tanto en las teorías de la cultura como en la reflexión política. Pero es precisamente eso lo que nos atrajo, lo que nos pareció más interesante, ya que todas las dificultades a las que conduce el término populismo pueden también ser entendidas como un síntoma, tanto de las sociedades y la política contemporáneas, como del campo académico.

Pero, ¿qué implica entender al populismo como un síntoma? En una acepción amplia —y *popular*, se podría decir—, un síntoma puede ser entendido como una serie de manifestaciones —y también de ocultamientos— de algo que sucede en otro sitio. El síntoma nos informa acerca de *algo* que anda mal en *algún* otro lugar. Una asincronía y, al mismo tiempo, una desubicación que se presenta, en tanto manifestación, como una especie de lenguaje cifrado que está ahí para ser decodificado por el especialista.

Ahora bien, si hemos de considerar una noción como ésta, debemos indagar para quiénes el populismo es la manifestación de una patología; para quiénes se presenta como un lenguaje en clave, cuál es su mensaje oculto, cuál es la enfermedad que indirectamente manifiesta y cuál es la

sede de esa enfermedad. Para una buena parte de los académicos, de los organismos multilaterales de crédito, de las élites políticas, de los medios de prensa y de los empresarios, el populismo es un lenguaje distorsionado (asumiendo el supuesto de que hay lenguajes libres de distorsiones), en clave, algo así como una *lengua privada*, incompatible e inconmensurable con el “bien decir”; un lenguaje propio de los seres primitivos y los niños. En nombre de la modernidad, del desarrollo y de la democracia —todo al mismo tiempo o por separado, según la época y las circunstancias— denuncian a los populistas porque éstos hablan una lengua muerta, perteneciente a un pasado que la civilización se empeña en superar. Y ése es, precisamente, el mensaje oculto que supuestamente anuncia la presencia residual de un pasado que está muerto, pero que se resiste a ser enterrado. Pero hasta aquí llega el acuerdo. En lo que hace a las causas o al “agente patógeno” y a la terapéutica recomendada comienzan a manifestarse las diferencias. Las imputaciones causales que se emplean para explicar la vigencia crónica del populismo —especialmente en Latinoamérica— van desde las razones culturales hasta las religiosas, pasando por un desarrollo anómalo de la modernidad. Recientemente, las explicaciones causalistas se orientaron a señalar enfáticamente la falta de vigencia de un libre mercado y la debilidad institucional. En elaboraciones más complejas podemos encontrar distintas combinaciones en las que se imputan pesos diferenciales a los hipotéticos factores que intervienen.

Las terapéuticas que se recomiendan, frecuentemente tienen que ver con las causalidades antes mencionadas. Nos encontramos así con propuestas de reformas culturales y proyectos pedagógicos que apuntan simultáneamente a fortalecer la noción de ciudadanía y a debilitar las identidades populares; aperturas económicas que buscan implantar el libre mercado acompañadas de reformas del Estado, fortalecimiento de las instituciones liberales, tecnocratización de la política y procedimentalización de la democracia.

Pero el síntoma puede ser entendido, también, como una *formación de compromiso* en la que concurren distintos factores, ideas, sentimientos, muchos de ellos encontrados y contradictorios, cuando no, excluyentes. ¿Una formación de compromiso de qué? Para la izquierda marxista: de intereses, tendencias y fuerzas sociales *naturalmente* diversas y antagónicas. Para los primeros teóricos del populismo: de tendencias e inercias históricas producto y productoras de desajustes estructurales. Para la crítica más contemporánea, de imágenes, nociones, conceptos y normas que, dentro de su narrativa sobre la democracia procedimental de cuño liberal, se presentan como antinómicos. El populismo es, para estos últimos, una extraña y turbia mezcla de proclamas republicanas, liberales y democráticas con Razón de Estado y decisionismo descarado. Amasijo que escandaliza a los puristas defensores de la diafanidad de los procedimientos.

En una tercera acepción, un síntoma es la forma en que se manifiesta algo que se niega a ser eliminado, neutralizado o desactivado por ciertos regímenes narrativos. Una rebelión que viene a alterar un orden, una tranquilidad y que, siendo familiar, *retorna* como *extraño* y *siniestro*. ¿Retorno de quién? De una cultura muerta, para los críticos más benévolo; de una naturaleza primitiva que reactiva y actualiza el mito hobbesiano de la ausencia de reglas y de la guerra de todos contra todos, para los más severos. “Sombra”, “fantasma”, “espectro” son algunos de los nombres que se le han dado al populismo para destacar su carácter siniestro y ominoso.

Al estudiar el populismo se puede seguir alguno de esos caminos trazados, tratando de agregar elementos para llegar a descripciones más exhaustivas o intentando depurar los conceptos para construir categorías más refinadas. Sin embargo, en el espíritu del Seminario *Buen Gobierno, Populismo y Justicia Social* estuvo siempre presente la idea de volver la mirada y preguntar, ¿será que el populismo no sólo es un síntoma de la política y de lo social, sino también de la academia? En ca-

da capítulo de este libro, de manera explícita o implícita está presente esa sospecha.

¿A qué nos referimos con ello? Si realizamos un rápido repaso, constataremos que, para la mayor parte de la producción académica, el populismo ocupa un lugar intermedio e incómodo. Para quienes lo piensan en referencia a un supuesto desarrollo teleológico de la historia, el populismo no es ni enteramente moderno ni exclusivamente tradicional. Para la izquierda marxista, en cambio, es una expresión política burguesa y capitalista que pregona la conciliación de clases, por lo que en su esencia es reaccionario, aunque, excepcionalmente, puede parecer progresista, si asume posiciones de nacionalismo. Finalmente, para quienes centran su análisis en el régimen político, el populismo se ubica en un espacio fronterizo. No es autoritario, sin embargo, por su estilo, sus formas y su espíritu tampoco es del todo democrático. Y, más bien, por ubicarse en un espacio interno, puede ser más peligroso para la democracia.

Y es que, para estas expresiones de la academia, el populismo, por su carácter indefinido (¿como concepto?, ¿como formación política?, ¿como expresión social?) no encaja fácilmente entre las categorías analíticas más depuradas. Tampoco sigue el modelo de desarrollo histórico de Europa central ni parece cumplir con las condiciones formales de una democracia ideal.

Nuestro desafío, en cambio, se orienta a pensar el populismo asumiendo su doble registro: como *hecho* social y político y como construcción discursiva de la academia. Es decir, proponemos pensarlo y discutirlo considerando la producción académica, sin perder de vista lo que pasa fuera, más allá y a pesar de ella.

Es por eso que *recogemos el guante* lanzado por los análisis centrados en el régimen político y asumimos el compromiso de pensar al populismo en relación con la democracia. Pero lo hacemos ubicándonos en Latinoamérica y cuestionando la noción dominante de democracia. Ésos